



RECENSIONES

Julián CHAVES PALACIOS (coord.), *Mecanismos de control social y político en el primer franquismo*, Barcelona, Anthropos, 2019, 382 páginas, por Alejandro Pérez-Olivares (Sciences Po Lyon), aperezolivares@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2020.5125>

El dilema se presenta después de pasar horas en el archivo entre cajas y legajos, después de terminar el último libro que conforma el “estado de la cuestión” de cada tema de investigación: ¿qué papel cumplen los conceptos en la representación del pasado? Este continuo tejer y destejer de preguntas, datos e interpretaciones con las que aprehender y dotar de sentido las huellas de lo que ya no existe necesita de conceptos, qué duda cabe. En este sentido, en el campo de las ciencias sociales y las humanidades existen pocos conceptos tan resbaladizos y a la vez tan sugerentes como el de control social. Surgido al calor de los debates que vieron nacer a la sociología como disciplina académica, entre ellos el del “peligro” de la desviación de la norma en las sociedades modernas, percibidas cada vez como más plurales y abiertas a las transformaciones, el control se mostró muy pronto como un concepto central para interpretar la complejidad del comportamiento social.

La aparición de *Mecanismos de control social y político en el primer franquismo*, libro coordinado por el profesor Julián Chaves Palacios, es una importante noticia en el panorama historiográfico español. Lo es, sin embargo, más por lo que anuncia que por lo que desarrolla en un campo que se ha demostrado muy fértil en nuestro entorno europeo. Los libros coordinados por Clive Emsley y Eric Johnson para el largo tiempo (*Social Control in Europe, 1800-2000*, 2004), por Jean-Marc Berlière y Denis Peschanski para entender los mecanismos de dominación del Estado en el siglo XX (*Pouvoirs et polices au XXe siècle*, 1997) o el ya clásico editado por Stanley Cohen y Andrew Scull para retratar la pluralidad de prácticas y agencias de control (*Social Control and the State. Historical and Comparative Essays*, 1983) han mostrado desde hace varias décadas la utilidad de pensar en las diferentes expresiones de coerción y

consenso que aseguran la gobernabilidad de los sistemas sociales. Estas aportaciones también sugieren que los retos analíticos, empíricos y metodológicos definidos a partir de esta complejidad sólo pueden ser asumidos de manera colectiva. Cuestiones que, de otro modo, permiten considerar de nuevo los grandes temas que han jalonado los distintos acercamientos a la construcción de la dictadura franquista entre la guerra civil y la larga posguerra: las diferentes expresiones de la violencia, la construcción de sus apoyos sociales, las resistencias al hambre o las polifacéticas actitudes cotidianas en las llamadas “zonas grises”.

En esta obra colectiva sorprende, en primer lugar, la falta de una definición concreta del concepto y la precisión de sus posibilidades metodológicas. En relación a lo anterior, también la división de la obra en dos grandes apartados: “control de la población” y “comportamientos sociales y económicos”. ¿Se puede separar la práctica del control de los comportamientos a erradicar, encauzar o recompensar? Esta organización se muestra problemática, de una forma u otra, a lo largo de toda la obra, pero es sin duda llamativa tanto en la introducción como en el capítulo que inicia la primera parte. Si la noción de control social puede resultar útil a los historiadores lo es, sobre todo, cuando se define como una práctica multiforme, adoptada con fines concretos y adaptada a contextos diversos. Pero no todo es errático en esta obra, ni mucho menos. De manera general, sobre todas las páginas del libro planean dos importantes activos, capaces de resumir grandes aportaciones de la historiografía española en las últimas décadas. En primer lugar, la preocupación por partir de lo local. Capítulos como los de Juan Ángel Ruiz Rodríguez sobre la sociedad rural de posguerra no sólo permiten proseguir la cuantificación de víctimas: también calibrar su impacto en el seno de las comunidades locales desde criterios cualitativos, que explican la imposición de la dictadura a partir del terror.

En este sentido, destaca especialmente la aportación de Laura Muñoz-Encinar sobre la búsqueda y exhumación de fosas en Extremadura, acaso la más relevante al dibujar un proceso global a partir de una experiencia particular. El enfoque combinado de la arqueología y la antropología forense no viene a completar la documentación de archivo, sino a ofrecer nuevas posibilidades para el análisis cuantitativo y evaluar, desde la propia materialidad de los cuerpos, la progresiva construcción de la dictadura y la gestión de su memoria traumática. Las fosas comunes no hablan únicamente de

las víctimas de la Guerra Civil. Lo hacen también del silencio de posguerra, de los nuevos discursos que legitimaron el franquismo en la década de 1950 (plasmados en el traslado de los cuerpos al valle de Cuelgamuros) y del significado cotidiano de la palabra “trauma” en relación a nuestro siglo XX.

En segundo lugar, diferentes aportaciones a este trabajo colectivo destacan la importancia de evaluar el significado del primer franquismo a la luz de las rupturas y continuidades que trajo consigo. Para ello, es necesario poner el ciclo 1936-1939 bajo el foco de perspectivas más amplias y no otorgar a la dictadura poderes excepcionales en la extensión de su dominación ni herramientas privilegiadas en la concertación de sus apoyos. Las reflexiones de Fernando Sánchez Marroyo sobre el papel de la beneficencia durante la guerra y la primera posguerra reconstruyen un contexto de múltiples desigualdades sobre el que se intervino a partir de soluciones tradicionales. En este sentido, calibrar las raíces del discurso de “justicia social” permite, como ya lo hizo el debate sobre los “hombres nuevos” en los poderes locales franquistas, debatir sobre las bases tradicionales del “nuevo orden” y su proyección tras la ruptura que supuso la guerra. Sin solución de continuidad, el texto de Juan García Pérez permite preguntarse por el papel que cumple el control social en una sociedad no moderna. Quizá sea uno de los momentos del libro donde más se eche de menos una definición precisa de control, puesto que el autor dibuja de manera ambiciosa los contrastes que definieron la sociedad en los instantes finales del llamado “primer franquismo”. Factores como las variaciones demográficas, las dinámicas de la población activa o las cifras de paro no sólo son un lúcido contraste de la mayoría de relatos sobre el llamado “desarrollismo”, también deberían hacernos reflexionar sobre el control social como una herramienta cambiante, reflejo de la propia capacidad de adaptación de la dictadura

Los capítulos de Matteo Tomasoni y Sofía Rodríguez-Serrador devuelven la coyuntura al análisis del origen de la dictadura, al situar la conversión de la retaguardia sublevada en un espacio incorporado al “nuevo Estado” en sus prácticas cotidianas. Ambas aportaciones dibujan un horizonte de trabajos que aún están por llegar para enriquecer todavía más el debate sobre los límites de enfocar hacia unas actitudes sociales aisladas del conjunto de expresiones de la autoridad franquista. La encrucijada formada por la sociología de los poderes locales, la dimensión pública y

simbólica del nuevo orden y algunas de las instituciones que aseguraron la dominación durante las siguientes décadas, como la escuela, anuncia la fertilidad de considerar la dictadura como un contexto donde se limitaron claramente los comportamientos permitidos, pero también se promovieron las actitudes deseadas y se recompensaron las fidelidades. Éste es uno de los momentos más interdisciplinares en esta aportación colectiva, donde se esboza una problematización sobre los fundamentos del control como una práctica al mismo tiempo punitiva y consensual.

Mecanismos de control social y político en el primer franquismo es una referencia útil para toda persona interesada en el estudio de nuestra dictadura y que quiera saber de dónde venimos. Este libro exhibe una gran cantidad de horas de investigación entre el polvo acumulado por cajas y legajos de archivo, y evidencia los diferentes rumbos a los que se ha dirigido la historiografía española en los últimos años. La pluralidad de enfoques transitados y fuentes analizadas delinea un panorama marcado por cuestiones cada vez más complejas: desde las actas locales a los consejos de guerra, pasando por informes de campañas arqueológicas y testimonios orales para explicar el franquismo desde la historia local y “desde abajo”, desde las instituciones asistenciales y de orden público o las actitudes de la población. Pero la obra coordinada por Julián Chaves Palacios también anuncia una hoja de ruta, también indica hacia dónde podríamos ir si nos hiciéramos nuevas preguntas sobre lo que hemos aprendido recientemente. Y, en ese sentido, plantearse la pluralidad de prácticas, agencias y dispositivos de control que también definieron el día a día de la dictadura de Franco no parece una pregunta menor.